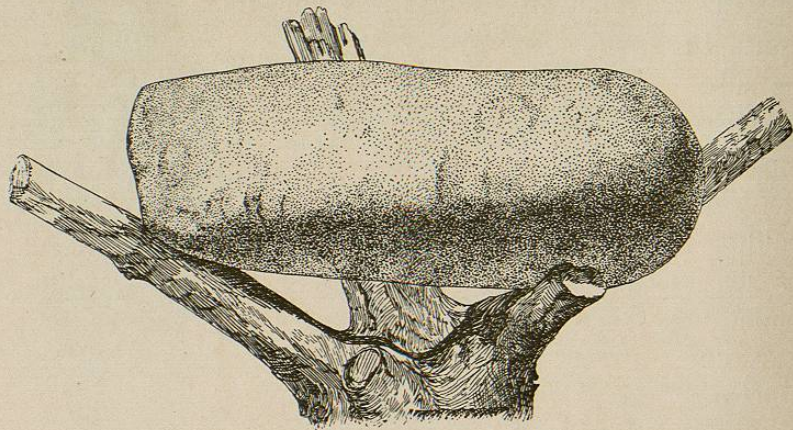


carecerlas, él, en obediencia á las órdenes de su superior, ordenó al punto que no se nos cargasen más de seis pesos por fanega de maíz, y por su parte hizo matar cuatro hermosas y gordas gallinas que tenía, vendiéndonoslas al precio del mercado.

Salidos de Bocoyna, el terreno que atravesamos durante diez millas, era plano y fértil y tuve el gusto de observar que



Antiguo mazo de piedra. Longitud, 44.5 cm.

aun les quedan por ahí á los indios algunos ranchos con tierras de considerable extensión. Pasamos junto á algunas de dichas posesiones, donde vimos arando hasta cuatro yuntas de bueyes, al cuidado de indios tarahumares cuyo vestido consistía sólo en calzones de manta. Todavía son muy numerosos los indios que allí quedan, y aun se esfuerzan en defender sus propiedades contra los blancos, aunque los resultados son siempre los mismos.

CAPÍTULO VII

LOS VERDADEROS TARAHUMARES—TRIBUNAL TARAHUMAR EN SESIÓN
—BASTONES DE MANDO—CURSO DE LA JUSTICIA—LAS BARRAN-
CAS—EXCURSIÓN ENTRE LOS GENTILES—SENCILLEZ Y BARATURA
DE LOS VESTIDOS TARAHUMARES—TRINCHERAS.

TUVIMOS la fortuna de hallar un guía que hablaba tarahumar muy bien é hicimos nuestra próxima parada en el pueblo de Cusarare (corrupción española de *Usarare*, usaca = *águila*), pueblecillo indio situado en una región bastante accidentada y llena de rocas porfíricas disgregadas. Acampamos á pocas millas fuera del pueblo, y enviamos al guía á advertir á los habitantes de nuestra llegada. Bastante se había hablado recientemente entre los mexicanos del salvaje pueblo que vivía en aquellas profundas barrancas, y era, en verdad, precipitación de mi parte el acercarme á tales sitios. No había mexicanos establecidos en Cusarare ni más adelante, de manera que, excepto en el reducido campo minero de Barranca del Cobre, ningunos había en una extensión de cincuenta millas al sur y más ó menos la misma distancia de este á oeste.

Los pueblos de los indios, en toda la República, permanecen casi abandonados la mayor parte del año. Me refiero, por supuesto, á los que no han tomado carácter mexicano. Lo primero que tuvieron que hacer los misioneros fue obligar á los indígenas á formar pueblos abandonando sus dispersos ranchos, y para ello empleaban á los indios en construir un templo en el sitio donde pretendían formar el pueblo, haciéndolos trabajar, si era preciso, bajo la vigilancia de los sol-

dados que á menudo los acompañaban ayudándolos á propagar el evangelio.

Para el propósito de los misioneros era esto muy prác-



Tarahumares de Pino Gordo.

tico, pero el objeto de hacer que los indios permanezcan en aldeas, no se ha conseguido hasta hoy, y sólo las autoridades que los naturales eligen, obligadas á residencia determinada por el término de su cargo, constituyen una especie de pobla-

cion permanente en los pueblos. En cuanto á los naturales, sólo se reunen para celebrar sus fiestas, y los domingos para ocuparse del culto, según ellos lo entienden. Alguien que sabe la oración dominical, generalmente el *gobernador*, la barbulle mientras los fieles congregados se santiguan de cuando en cuando; pero si ninguno de los presentes sabe la oración, los indios se mantienen en pie silenciosamente por un rato, se persignan y se van. Cuando se retiran de la iglesia, júntanse fuera para el otro propósito que los ha reunido, á saber: el arreglo de los asuntos judiciales pendientes, generalmente algún hurto, un matrimonio, etc.

Llegué al pueblo un domingo en que había gran número de indios. Acercábase la Pascua y, de acuerdo con las costumbres de los antiguos misioneros, aparecían los llamados fariseos todos los domingos de cuaresma. Son ellos unos hombres que desempeñan importante papel varios días en las fiestas de la semana santa, para lo cual se pintan horriblemente la cara, se adornan con plumas los sombreros y llevan espadas de madera pintadas con figuras coloradas. Tales ceremonias se debieron á un hábil ardid de los jesuitas y franciscanos, para apartar á los indios de sus fiestas paganas, ofreciéndoles un atractivo parecido dentro de la nueva religión que les enseñaban, y aunque las doctrinas se hayan olvidado, las fiestas continúan observándose.

Encontré al pueblo reunido frente á una vieja iglesia de adobe, donde acababan de practicar el servicio religioso. Quien primero me llamó la atención fue el gobernador, que estaba en pie, envuelto en un ancho zarape blanco que le cubría, según usanza india, hasta la barba; era un individuo de aspecto casi noble y rostro aguileño de benigna expresión.

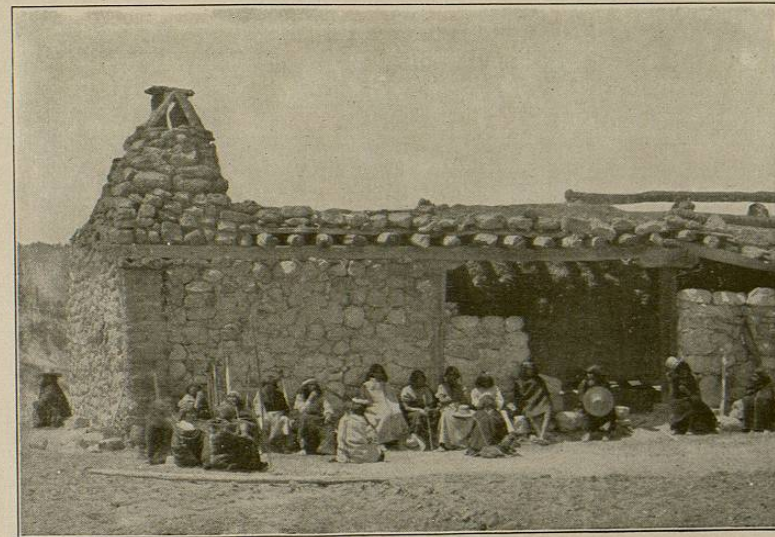
Nunca consienten los indios que se interrumpa por ningún motivo la solemnidad que tienen entre manos, ya sea pública ó privada; de suerte que, no obstante mi presencia, levantáronse todos los que estaban, y los ocho hom-

bres que constituían las autoridades del lugar marcharon al tribunal en dos filas, seguidos por el resto del pueblo. Hay siempre junto á la iglesia un edificio llamado la Comunidad, que ha tenido por objeto el servir de ayuntamiento, de juzgado y de hotel. El que allí había estaba tan deteriorado que los jueces y oficiales de la corte que se iba á reunir se sentaron afuera, junto á una de las paredes, y se dispusieron á administrar justicia á una pareja de delincuentes. Como ésta fue la única ocasión que tuve oportunidad de ver sus procedimientos judiciales, con detalles que hacen recordar la antigua época de los misioneros, con gusto referiré las cosas completas.

El gobernador y cuatro de los jueces se sentaron á la manera de los blancos, sobre un banco dispuesto al efecto, donde parecían estar más formales que cómodos. Dos de ellos empuñaban en la mano derecha bastones de palo del Brasil, en símbolo de su dignidad, pues se halla muy extendida entre los indios la idea del bastón de mando, lo que facilitó á los españoles que conquistaron las diversas tribus, introducir el uso de la *vara* como emblema de autoridad, conservado todavía por los gobernadores indígenas y otros funcionarios. Dichos bastones se hacen como las antiguas varas y del mismo material, ó sea de brasil, y tienen un agujero taladrado en el puño, por donde se pasa una correa á fin de colgarlos de la pared cuando no se usan. Los de las autoridades más altas tienen regatones de plata, y los oficiales inferiores usan palos más pequeños, en proporción á los grados de su dignidad, de suerte que los de último grado tienen sólo un delgado bastoncillo como de pie y medio de largo, con una cinta colorada en lugar de correa. No acostumbran cargar las varas en la mano, sino sujetas del ceñidor por el costado izquierdo. No hay indio que intimado á comparecer ante los jueces por un emisario armado de su vara, se atreva á desobedecer la orden, y los más desesperados criminales acuden mansamente, siguiendo á

menudo á un simple muchacho que lleva en el cinto un bastoncillo de juguete, cuyas cintas rojas le van colgando. Es, pues, la vara lo que respetan los indios, no al individuo que la lleva.

Ningún tribunal de los lugares civilizados impone tanto respeto y obediencia como el constituido por aquellos hombres que con sencilla gravedad se sentaban al pie de la pared que amenazaba ruina, provistos de sus varas y con una



Tribunal de Cusarare en sesión.

solemnidad que habría parecido ridícula si no rayara en lo sublime.

Cuatro soldados formaban valla á los lados, sin otra cosa que los distinguiera de los civiles que sus lanzas de otate armadas de puntas de bayoneta, las que clavaron en el suelo, sentándose en seguida. Presentados los culpables, que eran un hombre y una mujer, fueron á sentarse frente á los jueces, mientras los testigos se sentaban detrás. Nada había en la plácida cara de los acusados que hiciera comprender que eran ellos los principales actores del drama

que iba á desarrollarse, y la única manifestación de sentimiento fue que la madre de la mujer se sentara á su lado. En seguida los jueces comenzaron á hablar dirigiendo preguntas á los defensores, que contestaban brevemente, mientras el resto de la samblea guardaba decoroso silencio. No había ni escribientes ni abogados.

No me fue posible, por supuesto, seguir las declaraciones, pero todo fue muy corto, y según me explicaron, la mujer se había escapado con un hombre casado, después de proveerse de buena cantidad de maíz del marido, y de haberse robado algún frijol, y vivieron muy felices en una caverna durante un año. El hombre no había podido ser capturado, aunque diversas ocasiones visitó á su familia, hasta que al fin, en una de las frecuentes veces que se embriagaban con la cerveza primitiva que hacían, fueron cogidos ambos y llevados ante aquel tribunal.

Mientras se dictaba la sentencia, uno de los "soldados" fue á abrir un hoyo como á veinte varas de distancia, donde clavó un grueso palo, y no bien hubo acabado de hacerlo, cuando el acusado se puso en pie, mostrando en la cara una sonrisa entre descontenta y sarcástica; arrojó al suelo su frazada, se encaminó deliberadamente hacia el poste, entre dos soldados que, tomándole las manos y cruzándose las sobre el palo, lo hicieron que se asiera de éste. En seguida otro hombre, muy envuelto en su zarape, se adelantó con agilidad, sacó á toda prisa de debajo de su abrigo un chicote de cuero y descargó cuatro azotes sobre la espalda del prisionero, quien vuelto á poner en libertad, se volvió impasiblemente á su asiento, como si nada hubiese sucedido.

Tocóle á la mujer su turno para ser castigada por la participación que había tenido en los hurtos, y le quitaron, al efecto, su frazada, quedando con una especie de camisa blanca; la llevaron al poste, sujetáronla de la misma manera que al hombre, y otro individuo puso en ejecución el castigo. Ella también recibió cuatro azotes que la hicieron llorar

un poco; pero ni ella ni su raptor hicieron, ni mostraron la menor oposición á la sentencia pronunciada. Mientras se aplicaba el castigo, la audiencia se levantó y permaneció en pie solemnemente. Cuando la mujer volvió á su asiento, se arrodilló y los dos delincuentes estrecharon la mano del juez principal.

Quedaba la segunda parte de la acusación, ó sea la relativa á las complicaciones matrimoniales. El hombre pidió permiso de dejar á su primera mujer porque quería casarse con la que se había llevado, pero no se le concedió el divorcio. Ordenósele que volviera al lado de su legítima esposa, que estaba presente con su hijo en los brazos, y visiblemente descontento se encaminó lentamente á donde ella estaba esperándolo con una sonrisa jovial.

Faltaba luego proporcionar otro marido á la mujer con quien él había estado viviendo. ¿Quién la aceptaría? El juez dirigió la pregunta á un joven, casi un muchacho, que cerca estaba parado, el cual respondió que si ella lo quería estaba dispuesto á casarse, y como ella contestara que sí, se sentó el joven á su lado. Les juntaron las manos, y les dijo el gobernador algunas palabras, hecho lo cual se levantaron ambos debidamente casados. ¿Puede pedirse mayor rapidez en un matrimonio?

El día siguiente nos condujo el guía por cuevas más elevadas, y después de diez ó doce millas de lenta subida, llegamos á la cumbre de la barranca del Cobre, donde acampamos cómodamente como milla y media atrás del punto en que desciende el camino al cañón. La vista era magnífica: las profundas quiebras y barrancas, resultado de prolongados deslaves y erosiones, surcaban el suelo formando grandes elevaciones, especialmente al sur y al poniente. En otras palabras, allí fue donde por primera vez observamos barrancas que desde ese punto constituyen un rasgo enteramente característico de la topografía de la Sierra Madre. Los profundos abismos que atraviesan la inmensa mole de

la sierra, á manera de grietas enormes, corren principalmente de este á oeste, al menos en cuanto concierne á la Sierra Madre del Norte. En el país de los tarahumares, esto es, en el Estado de Chihuahua, hay tres barrancas muy grandes, llamadas Barranca del Cobre, Barranca de Batopilas y Barranca de San Carlos. La Sierra Madre del Norte se dilata elevándose á una altura de 7,000 á 8,000 pies, y llega en ciertos puntos hasta 9,000. Se alza tan gradualmente en el este, por ejemplo, cuando se entra á ella partiendo de la ciudad de Chihuahua, que se sorprende uno de verse repentinamente casi sobre la cumbre. El lado occidental, sin embargo, desciende más ó menos abrupto y presenta el aspecto de una muralla escabrosa y escalonada; y de acuerdo con esta disposición general del sistema orográfico, las barrancas comienzan por lo común en el este muy insensiblemente, pero pronto se hacen más profundas, y antes de desaparecer en los bajíos de Sinaloa, alcanzan á veces de cuatro á cinco mil pies de profundidad, sin guardar, por supuesto, igual anchura en toda su extensión, sino que poco á poco van abriéndose y perdiendo su escabrosidad al ensancharse.

Además de esas grandes barrancas que obstruyen el paso del viajero por las altiplanicies, y lo obligan á desviarse al este, hay otras más pequeñas numerosísimas, especialmente del lado occidental de la cordillera donde grandes porciones del terreno se hallan cubiertas de montañas de estupendo volumen y amuralladas de rocas al par que de insondables abismos. Corren, generalmente, por el angosto fondo de las barrancas, ríos que desaparecen á veces precipitando sus aguas entre las laderas de abruptas montañas.

En cuanto á la primera de las grandes barrancas, junto á cuyo remate nos hállabamos, podíamos seguir con la vista hasta cierta distancia su sinuosa dirección al poniente, y reconocer sus quiebras tributarias, por los contornos que formaban en los paisajes las crestas de las montañas. La

barranca del Cobre es conocida en su curso con diferentes nombres. Cerca de la mina de Urique (nombre tarahumar para decir barranca), se llama Barranca de Urique, y en ese punto, su abierta sima tiene sobre 4,000 pies de profundidad. Aun los mismos misioneros jesuitas, con toda su intrepidez, desecharon la idea de bajar á ella, y los indios les dijeron que sólo los pájaros conocían la profundidad de aquel abismo. Cuando uno se detiene á la orilla de tales boquerones, se pregunta sorprendido si sería posible atravesarlos. Esto se puede hacer en algunos puntos, aun llevando animales, con tal de que no vayan muy cargados; pero es empresa demasiado ardua para fuerzas humanas.

En aquellas barrancas era donde iba yo á encontrar los indios paganos que tan ansioso estaba de conocer. La región, desde donde la abarcaba con la vista, parecía olvidada, solitaria, intacta de huella humana. En los bordes rocallosos de las barrancas, se adherían los arbustos y los árboles, y donde quiera que había bastante tierra, ya fuese en la montaña ó en los costados de las profundas grietas, se desarrollaba la vegetación; pero en lo general, todo aparecía desnudo y sin vida.

Con todo, no tardamos en encontrar huellas de seres humanos. Nuestras tiendas de campaña se levantaban sobre una antigua trinchera; no lejos de allí vimos grabada la tosca figura de una serpiente, de dieciséis pies de larga, sobre una áspera roca, dibujo que debe de haber dejado una raza anterior á los tarahumares, y poco más lejos dimos con las ruinas de una moderna casa tarahumar. Tal parecía como si los indios hubiesen tenido que extraer la vida de las rocas y de las piedras mismas; pero bajando un poco á la barranca mayor y á las pequeñas, encontramos porciones de tierra propias para el cultivo y aun algunos espacios cubiertos de pasto, aunque de una escabrosidad extremada. Lo primero que hice fue enviar al guía á los valles y gargantas de abajo, que no alcanzaban